

GG

**Colección
Punto y Línea**

**Novedades
Febrero**

François Fourquet/
Lion Murard
**Los equipamientos
del poder**

Ciudades, territorios
y equipamientos colectivos.

Dan Pedoe
La geometría en el arte

Ultimos títulos publicados

F. de Goya
Los Caprichos de Goya
Introducción y
catálogo crítico de
Enrique Lafuente Ferrari
Ptas. 280,-

Robert Venturi/Steven Izenour/
Denise Scott Brown
Aprendiendo de Las Vegas
Ptas. 360,-

Leonardo Benevolo et al.
**La proyectación de la ciudad
moderna**
Ptas. 380,-

«Partisans»
Deporte, cultura y represión
Ptas. 250,-

John Summerson
**El lenguaje clásico de la
arquitectura**
Ptas. 240,-

«Revue d'Esthétique»
La práctica de la pintura
Ptas. 310,-

**Colección
Comunicación
Visual**

Ultimos títulos publicados

Jean-François Lyotard
Discurso, Figura

Petr Tausk
**Historia de la fotografía en el
Siglo XX**

Antonio Martín
**Historia del Comic español
1870-1939**

**Editorial
Gustavo Gili, S.A.**



«¿Quiere ser el amante de mi mujer?», de Bertrand Blier.

partes, quedando muchas veces deslavazado, lo que podría ser estilísticamente más riguroso. Esta comedia, por ejemplo, tiene que ser estructurada en tres capítulos muy diferentes de lenguaje, lógicos si se contempla desde el argumento narrado, pero torpemente resueltos si se compara con algunas comedias clásicas donde los cambios de estructura obedecían a una progresión más profunda y comprometida. Bertrand Blier elige la caricatura o lo insólito cuando lo que está contando es tan cotidiano que asusta. Convierte en débiles mentales personajes frecuentes en nuestra vida y que, por supuesto, tienen un lenguaje más "normal" y más estremecedor. Al transformar en irreconocibles sus conductas, se aumenta, probablemente, su carga crítica, pero se reduce su verosimilitud. Parece que los cineastas franceses, interesados por contar la normalidad de la vida conyugal "a tres" y, por lo tanto, en demostrar cómo el matrimonio tradicional ha sido superado por sus propias insuficiencias, tienen poca confianza en su tesis y deforman de tal manera lo que les parece lógico que provocan en nosotros una risa conservadora. Algo parecido a lo que ocurre con otra película francesa recientemente estrenada también en España: "¿Por qué no?", de Coline Serrau. Puede que esta vía de la risa caricaturesca sea un buen medio informativo, pero yo al menos me he sentido incómodo sonriendo alguna vez en "¿Quiere ser el amante de mi mujer?", aunque he sonreído poco, esa es la verdad, reconociendo, sin embargo, que Bertrand Blier sabe plantear con habilidad las situaciones cómicas de su película y no ignora los mil trucos ya inventados pa-

ra sacar partido de una elemental idea de partida. ■ D. G.

T **TEATRO**

**"Encuentro
en otoño"**

Sin apenas antecedentes, casi podría decirse que de "sospechoso" improviso, el nombre de Aleksei Arbutov, como uno de los más fecundos creadores de su país y, al parecer, representante oficial de la nueva dramática rusa, se ha colado en el escenario del Valle-Inclán con "Encuentro en otoño". Aprovechando la presencia del autor en Madrid, el estreno ha sido rodeado de todo lujo de publicidades: extensas entrevistas, exposición de carteles adornando el interior de la sala y que nos hablan —muy bien por cierto— de la admirable situación artística y cultural que en estos momentos goza la Unión Soviética, y por si todo ello fuera poco, un singular concurso por medio del cual dos de los espectadores podrán disfrutar de un gratuito viaje a Moscú por gentileza de la compañía soviética Aeroflot.

Este menudillo de anécdotas, que en cualquier otra situación no tendría lógica cabida como prólogo al enjuiciamiento de un hecho artístico, resulta, aquí y ahora, de fundamental consideración. Acostumbrados como estamos a que el espectáculo teatral sea, en la mayoría de los casos, artículo de especulación, se hace imposible obviar signos externos tan evidentes, que hacen pensar en qué resortes político-culturísticos-mercantiles sobrevuelan y manipulan el fenómeno que comentamos.

Y son justamente estas coordenadas, ajenas por completo a la circunstancia teatral, las que quizá mejor posibiliten la comprensión de "Encuentro en otoño". Texto de dos únicos personajes, plantea la soledad del hombre, la incomunicación y toda la problemática que se ciernen sobre la "tercera edad". Las relaciones de un médico con una de sus pacientes en el marco de un hospital de cualquier ciudad rusa. Ambos personajes (ancianos para el autor y sensiblemente rejuvenecidos en la adaptación de F. Abril) se encuentran en ese difícil momento de la existencia humana en que los recuerdos se convierten en primer plano de la realidad. Desde una persistente incompatibilidad de caracteres (el doctor es hombre solitario, introvertido, mientras que su paciente rezuma poesía, vitalidad y deseos de aprovechar todo lo que de bueno pueda depararnos la vida), los recuerdos y sufrimientos personales, centrados fundamentalmente en la tragedia de la segunda guerra mundial, van propiciando una corriente de simpatía que desemboca en una relación amorosa.

El autor confiesa pertenecer a la gran escuela rusa y, sobre todo, seguidor de la corriente chejoviana (casualidad también que en estos momentos sea "Tío Vaníá" uno de los espectáculos más justamente admirados). Se plantea, pues, un teatro intimista, minucioso, psicológico, salpicado de bondadoso y suave humor. Claro que Chejov mostró, por medio de un gran talento y sin mediatización alguna, una sociedad decadente en vísperas de su gran revolución. A. Arbutov, en cambio, nos entrega la imagen, la estampa más bien, de una Rusia idealizada y mucho nos tememos que poco o nada real. Así, sus dos personajes aparecen totalmente occidentalizados y son presa de un lamentable maniqueísmo. La búsqueda psicológica, pese a la carga de humanidad naturalista que el autor procura, se queda en mero tanteo superficial y desde luego en absoluto reflejo de esa riquísima [diosincrasia del pueblo ruso que tan minuciosamente nos suplen retratar los inmortales compatriotas de Arbutov. Si no fuera por ciertas canciones típicas, el inconfundible emblema de la

Unión Soviética y algún que otro "camarada" salpicando los diálogos se podría pensar en una comedieta construida a la medida de una burguesía europea perfectamente acomodada y clasi-

sista. Conchita Montes y Angel Pícazo, sin auténticas armas para defender su actuación, procuran incorporarse a sus respectivos personajes con sobrados conocimientos de la profesión. Angel García Moreno, encargado de la dirección escénica, no repite aquí su buen sentido del "tempo" teatral que ya demostró en anteriores montajes, y ofrece un trabajo frío, de "encargo". Sobre una escenografía pretenciosamente realista, el ritmo es ralentizado y los cambios entre escenas resultan eternos, evidenciando una fallida utilización de medios.

En consecuencia, lo que pretende ser reflejo de ese Chejov vinculado a Stanislavsky y a N. Danchenko como pilares del Teatro de Arte de Moscú, no pasa de ser una dulce página publicitaria en la que apenas aflora verdad alguna. Si verdaderamente tenemos que tomar lo visto como genuino ejemplo de la situación actual del teatro ruso, habré que lamentar que el paso del tiempo y tal vez los posibles matices políticos hayan colocado en vía muerta lo que ha sido uno de los movimientos más importantes dentro de la dramática mundial. ■ MIGUEL A. MEDINA.

ARTE

En los últimos días de 1973 —ahora se han cumplido cinco años de eso—, la madrileña galería Kreisler abrió, a la vuelta de su propia esquina, otra nueva galería de arte que, sin dejar de ser una continuación de la primera, ampliaba en algún aspecto algunas de las limitaciones que, consciente o inconscientemente, ya traía impuestas desde aquella primera experiencia. Y ciertamente, yo no sé hasta qué punto, los que dirigían aquel primer Kreisler habían querido hacer una galería a la medida de los españoles, aunque también trabajaban con posibles clientelas americanas, pero era así.

Yo hablaba con algunos de los artistas que más frecuentemente trabajaban con ellos —con el pobre Martín Caro, que aún vivía; con José Vento, con algunos otros más—, y siempre la respuesta era la misma: "Mira, para mí, trabajar con Kreisler es lo más sencillo y lo mejor; es gente honrada, sus liquidaciones son precisas y nunca te piden nada más que aquello que está en la dirección de tu propio estilo..." Cuando conocí a Jorge Kreisler empecé a comprender



Miró, en la exposición conmemorativa de Kreisler 2.

un poco. Jorge y su hermano —el que dirige la otra galería, la galería matriz— no se llaman Kreisler sino Pujol. Por muy neoyorquino que sea, tiene un nombre muy familiarmente nuestro, catalán con toda evidencia.

Exposición conmemorativa de los cinco años de Kreisler 2

Kreisler 2 no es una galería norteamericana afincada en Madrid: es, y me parece que quiere serlo con absoluta deliberación, una galería madrileña con algunas implicaciones americanas —y alguna vez hasta con ciertas clientelas americanas—. Pero Jorge Kreisler —Jorge Pujol—, si

nunca niega su condición neoyorquina, nunca pierde la cabeza en tal sentido. A mí me gusta ir de vez en cuando por allí y hablar con el buen Pujol y hasta tomarme con él una copa de vino del priorato.

La presente exposición es lo que tiene que ser una exposición concebida por mi amigo Jorge Pujol: una exposición familiar y modesta hasta donde puede ser modesta con la presencia de determinados artistas. Allí hay algunos Picassos, algunos Mirós,

temente a ese público que eso, el coleccionismo, es una afición que se puede y que se debe cultivar en un país como el nuestro, con pintores de primerísima categoría, los cuales ni son caros ni son inaccesibles, aunque algunos, en determinadas ocasiones, pierdan la cabeza.

Esta nota no pretende ser de crítica de arte. Pretende simplemente hablar de una galería, más que hablar de pintores. En esta ocasión, el protagonista de mi articulillo, más que un artista determinado, es una galería de arte. Alguna vez hay que concederle toda la importancia a la galería, como en este caso, por la ocasión que la galería quiere conmemorar con la presente exposición.

Por eso, a la hora de ilustrar este articulillo he pensado incluir aquí un Miró. Nadie puede sentirse discriminado, pues Miró es hoy —y eso nadie se lo discute— el primer nombre de la pintura del mundo. ■ JOSE M. MORENO GALVAN.

MUSICA

Cristóbal Halffter estrena en París

Uno de los momentos de más gloria y emoción para un compositor debe ser el encontrarse ante una orquesta de 250 músicos, entre instrumentistas y coristas, dirigiendo por primera vez una obra suya de hora y media de duración. Tal vez corresponda esto a la publicación de las obras completas de un escritor en Aguilar, a una retrospectiva de un pintor en la Guggenheim, o al ascenso de canónigo a obispo en un clérigo.

Esta situación conoció Cristóbal Halffter la semana pasada en París, al frente de la Orquesta Nacional. En el auditorio de la Casa de la Radio estrenó el "Officium defunctorum" para coro de solistas, coros, orquesta y voz de niño, encargado por Radio Francia.

No voy a insistir en el valor que supone el encararse con una Misa de réquiem, después de Verdi, de Mozart, de Fauré, sin contar los "Dies irae" gre-